

Reestructuración social en dos ciudades metropolitanas: un análisis de grupos domésticos en Guadalajara y Monterrey

*Mercedes González de la Rocha*¹

DESPUÉS DE UNA DÉCADA de crisis y reestructuración, las condiciones de vida a las que se enfrentan los habitantes urbanos son sustancialmente distintas. A medida que se aplicaban las políticas de ajuste, reestructuración económica y recorte financiero, el perfil de las estructuras sociales urbanas se desdibujaba y tomaba formas distintas. Las ciudades han sido los escenarios de un proceso de reestructuración social con el aumento del desempleo, la delincuencia, la inseguridad laboral, el notable estancamiento del empleo “formal” (tanto en el sector público como en el privado) y el crecimiento de la informalidad. Uno de los efectos más alarmantes de este nuevo perfil es el doble aumento de la pobreza: los pobres se hicieron más pobres, y algunos estratos de los sectores medios se sumaron a dicha categoría.² El deterioro de los salarios reales, el desempleo y el

¹ Este escrito forma parte de un proyecto colectivo de investigación que lleva por título “Género, edad, familia y trabajo. Reestructuración de la sociedad urbana en México”. En dicha investigación, auspiciada por la Fundación Ford y el CIESAS, nos interesa ahondar en el conocimiento de las condiciones fundamentales de desigualdad ocupacional y social, y sus formas de reproducción en las principales ciudades del país (Guadalajara, Ciudad de México y Monterrey) y en un grupo diverso de ciudades medias. Se presentó una primera versión como ponencia en el XVIII Congreso Internacional de LASA, del 10 al 12 de marzo de 1994. Agradezco a Christopher Woodruff la ayuda que me brindó en el análisis esta distico de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU) del trimestre junio-agosto de 1990; a Agustín Escobar, Mari Pozas y Jorge Alonso por sus comentarios, críticas y sugerencias. Las críticas de mis dos lectores anónimos fueron muy útiles en la revisión del texto para su publicación.

² La pauperización de los sectores medios no es un fenómeno exclusivo de nuestro país. Según la información proporcionada por la CEPAL, durante los años ochenta 10% de los hogares más ricos en América Latina tuvieron la capacidad de mantener o aumentar su

creciente proceso de precarización del empleo han afectado, sin duda, a enormes cantidades de individuos y familias en México.³ Es posible afirmar que la sociedad urbana mexicana es ahora mucho más desigual y polar (Cortés y Rubalcava, 1991). Los llamados sectores medios parecen confundirse con los sectores populares y, aunque luchan por conservar elementos culturales y estilos de vida que los hacen diferentes, sus ingresos domésticos son cada vez más parecidos a los del sector popular (González de la Rocha, en prensa).

Aunque hemos avanzado en el conocimiento de la organización social de la pobreza y en la conjugación de elementos que posibilitan que los pobres (trabajadores y sectores populares) sobrevivan y se reproduzcan socialmente (Lomintz, 1975; Selby *et al.*, 1990; Chant, 1991, y González de la Rocha, 1986, 1994b), es necesario ahondar en el análisis y la reflexión de la lógica de sobrevivencia y reproducción de distintas categorías sociales y ocupacionales que contribuye a la reproducción y al ensanchamiento de la desigualdad social. El argumento central de este artículo es que la reestructuración económica ha producido un proceso de reestructuración social que ha implicado un reacomodo de distintos grupos ocupacionales. Esta reestructuración ha estado acompañada de cambios en la distribución del ingreso y en el bienestar económico de los grupos domésticos urbanos. Se plantea que los patrones de organización doméstica que caracterizan a distintas categorías sociales resultan cruciales para comprender los procesos de reestructuración social y de polarización del ingreso que caracterizan a las sociedades urbanas del México actual.

El grado de polarización social tendrá matices y dimensiones diferentes dependiendo, por un lado, de los mecanismos que los hogares de los sectores medios —en su conjunto, y especialmente los de estratos bajos— han tenido a su alcance para defender sus niveles y estilos de vida previos al periodo de crisis, ajuste y reestructuración, y, por el otro,

participación en el ingreso, mientras que la participación en el ingreso de todos los demás estratos se redujo. En concreto, los estratos de ingresos medios en la mayoría de las ciudades latinoamericanas disminuyeron su participación absoluta y relativa en el ingreso a lo largo de dicha década (CEPAL, LC/G:1686, 1991).

³ La pobreza urbana aumentó tanto en México como en el resto de América Latina. En 1990, 34% de los hogares urbanos de la región se encontraban viviendo en la pobreza (CEPAL, LC/L.716 y González de la Rocha, 1994a). En México, según los datos proporcionados por el INEGI (CEPAL/INEGI, 1993), la población considerada en situación de pobreza extrema había aumentado a una tasa de 6.3% anual entre 1984 y 1989, lo que constituye una tasa más acelerada que la del crecimiento de la población en el mismo periodo (2.5%-2.2%). La pobreza “extrema” se refiere a la situación en la que “el ingreso total del hogar es menor al valor de la canasta alimentaria; es decir, los ingresos totales del hogar no son suficientes para atender las necesidades alimentarias del grupo familiar” (CEPAL/INEGI, 1993:9).

del grado de éxito de las estrategias de los hogares del sector popular para intensificar el trabajo y amortiguar las caídas salariales.

El análisis se desarrolla mediante la comparación de las principales características de las estructuras sociales —definidas en términos ocupacionales— y de los hogares de dos ciudades mexicanas: Monterrey y Guadalajara. La información proviene de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU) de los trimestres junio-agosto de 1990 y octubre-diciembre de 1992. Se cuenta también con material cualitativo recopilado por la autora en ambas ciudades.

Algunas premisas: la configuración social de la reproducción

Este análisis parte de la premisa de que los actores sociales construyen sus estrategias de acción, de sobrevivencia, de adaptación y de movilidad social de acuerdo con las opciones y posibilidades que ofrece el contexto doméstico y el entorno social en que están inscritos; tanto los recursos como el manejo que de ellos se hace están socialmente configurados.

La configuración social de la disponibilidad y uso de los recursos asequibles a los grupos domésticos puede analizarse en situaciones económicas y sociales contrastantes. En una situación de crecimiento económico, de aumento de las oportunidades de empleo y de generación de ingresos por la venta del trabajo, se intensifica la dependencia de factores externos al grupo doméstico como elementos importantes de sobrevivencia y reproducción; ante las oportunidades de empleo, los hogares de los trabajadores manuales con miembros disponibles aumentan su número de trabajadores. Durante la época de crecimiento económico, los hogares con miembros desempleados y subempleados disminuyeron y los ingresos familiares *per cápita* aumentaron, como resultado de la intensificación del trabajo asalariado en los empleos que ofrecían los sectores público y privado (González de la Rocha, 1994a). La extensión de la pobreza disminuyó durante el periodo conocido como industrialización por sustitución de importaciones, y aumentó el porcentaje de hogares con ingresos medios. Aunque no se abatió la pobreza, sí aumentó el abanico de oportunidades de empleo, escolaridad y obtención de ingresos, y los individuos, organizados en grupos domésticos, veían incrementadas sus posibilidades de opción. Si bien el empleo informal formaba parte de la estructura de oportunidades laborales, coexistía con el empleo formal, de creciente importancia. Fue la época de la expansión de los empleos tanto manuales como no manuales y del crecimiento de los sectores medios, procesos ligados a los de industrialización y terciarización de las econo-

mías urbanas y al aumento de empleos en los servicios al productor y en los sociales y personales (Samaniego, 1990 y Escobar y Roberts, 1991).⁴

En situaciones de recesión y deterioro o precarización del empleo, los individuos y los hogares de los sectores populares se ven forzados a depender sobre todo de factores internos al grupo doméstico y a basar su reproducción en dichos recursos. La intensificación del trabajo también ocurre, pero en circunstancias fundamentalmente distintas. El autoempleo, el subempleo y el crecimiento de la informalidad se dan en forma masiva como respuesta a la escasez de empleos formales y mejor remunerados. El hogar intensifica la participación de sus miembros disponibles y no disponibles (niños y ancianos) (Pastore *et al.*, 1983 y González de la Rocha, 1988 y 1991) no como respuesta a la expansión de empleos atractivos sino por la extrema necesidad de ampliar sus ingresos. La presencia de las mujeres en los mercados de trabajo latinoamericanos es un fenómeno que se intensificó sustancialmente durante la década pasada, especialmente, por cuenta propia y en el creciente empleo informal. Ante la extrema necesidad, los individuos —especialmente, los de escasos recursos— “crean” sus propias fuentes de ingresos e intensifican el uso de sus propios recursos. Estos fenómenos han sido bien documentados en los estudios realizados en México por parte de científicos sociales de diversas disciplinas (Oliveira y García, 1990; Chant, 1991; González de la Rocha, 1986 y 1988, y Benería, 1992) y en otros países latinoamericanos (Pastore *et al.*, 1983; Schkolnik y Teitelboim, 1988; Benería y Feldman, 1992, y Ortega y Tironi, 1988).

Sin embargo, la configuración social del uso y disponibilidad de recursos se descubre también con el análisis de la organización social y de las economías de los hogares de distintos grupos y categorías sociales. Aquí se plantea que las bases de la reproducción material y social de los hogares de los sectores populares son distintas a las de los hogares de los sectores medios.⁵ En el caso de los hogares de los sectores populares, la reproducción del grupo se logra con la intensificación en el uso de los

⁴ El crecimiento de los empleos no manuales, ocupados por profesionistas, técnicos, directivos y oficinistas, ha sido un fenómeno bien documentado en la bibliografía latinoamericana (Muñoz, 1975; García *et al.*, 1982; Muñoz *et al.*, 1977, y Kaztman y Reyna, 1979), pero poco se ha avanzado en el conocimiento de la naturaleza y organización social de los hogares de los trabajadores no manuales.

⁵ Cabe aclarar que cuando aquí se habla de reproducción se hace no en un sentido biológico, sino social. Si bien la reproducción implica el aspecto biológico por medio del cual se logra la reproducción de la especie humana (con la existencia de nuevos seres), aquí interesa resaltar los procesos sociales de sobrevivencia y los que hacen posible que se perpetúen las condiciones sociales y económicas de los diferentes grupos que componen la sociedad.

recursos del grupo doméstico (básicamente su capacidad de enviar miembros al trabajo, su flexibilidad para hacer uso de la fuerza de trabajo, la disponibilidad para recortar gastos en consumo, reducir y modificar patrones de consumo, etc.). En cambio, la reproducción de los hogares de los sectores medios, continuar diferenciándose de los hogares de los trabajadores y, por lo tanto, el reproducirse socialmente depende, sobre todo, de las oportunidades que les brinde el mercado de trabajo. Éstos son factores fundamentalmente externos, sobre los cuales se tiene poca o nula influencia. La reproducción social de los hogares de los sectores medios, pues, depende, más que en el primer caso, de la existencia y permanencia de esos factores externos (oportunidades de salarios relativamente altos, empleos atractivos en el mercado de trabajo, recompensas a la escolaridad). Cuando estos factores externos escasean o desaparecen, el grupo doméstico de los sectores medios tiene dificultades para mantener sus niveles de ingresos y sus estilos de vida.

Así como hemos argumentado a favor de la existencia de los recursos de la pobreza entre la población trabajadora urbana,⁶ podríamos ahora aventurarnos a plantear la pobreza de recursos en que las nuevas condiciones de trabajo y de reproducción, impuestas por el nuevo modelo económico, han dejado a los sectores medios mexicanos. La pobreza de recursos se refiere a la carencia de flexibilidad en la disponibilidad de los miembros del hogar como trabajadores y a su mayor dependencia de los factores externos. Los hogares de los sectores medios no han sido igualmente capaces de defender sus niveles previos de ingresos y de consumo porque no tienen miembros cultural y socialmente disponibles para instrumentar una estrategia de intensificación del trabajo. Si bien las amas de casa pueden participar —de tiempo parcial o completo— en el mercado laboral, y de hecho lo hacen, no se sacrifica la escolaridad de los hijos para que también participen en esta estrategia colectiva de trabajo. Ello restaría sus posibilidades de movilidad laboral ascendente o limitaría la capacidad de simplemente quedarse donde están. El sacrificio de la escolaridad merma posibilidades en las estrategias de largo plazo, características de estos sectores. El consumo parece un ámbito en que los sectores medios han tenido más capacidad de acción, pues la existencia previa de un rango más amplio de productos y servicios consumidos les ofreció mayor flexibilidad (“más tela de donde cortar”).⁷

⁶ Mercedes González de la Rocha, *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, CIESAS, SPP, 1986; Mercedes González de la Rocha, *The Resources of Poverty. Women and survival in a Mexican City*, Oxford, Basil Blackwell, 1994b.

⁷ Los estudios existentes sugieren que los hogares de los sectores medios han

Estas consideraciones nos permiten entender al hogar como una matriz cultural que asigna valores a la escolaridad y a la vida laboral y doméstica de los individuos. Los elementos que conforman la matriz cultural, la manera en que se entretajan para dar lugar a distintas formas de estructuras y economías domésticas, arreglos sociales y expectativas de vida, son diferentes entre los hogares de los sectores populares y los que pertenecen a la categoría de los sectores medios, a pesar de la creciente homogeneidad económica que les hace aparentemente semejantes. Este planteamiento tiene implicaciones importantes que nos ayudan a comprender la diferenciación social en los contextos urbanos mexicanos.

En primer lugar, los análisis muestran una clase trabajadora organizada en grupos domésticos capaz de defender, con relativo éxito, sus niveles de ingresos a través de la intensificación del trabajo de los miembros del hogar.⁸ Una de las implicaciones más importantes tiene que ver con el hecho de que las “estrategias” de sobrevivencia (de corto e inmediato plazo) limitan severamente las posibilidades de poner en práctica una estrategia de movilidad de mediano y largo plazos. La dependencia mutua de los miembros del hogar en esta estrategia colectiva de trabajo, que se intensifica a medida que las condiciones de pobreza se recrudecen, tiene consecuencias en la vida de los individuos que ahí participan. El costo del “éxito relativo” de la estrategia de intensificación del trabajo se relaciona con la desertión y el rezago escolares como resultado de la incorporación forzada de niños y jóvenes al mercado laboral, con las dobles jornadas femeninas y con la sobrecarga de trabajo de los miembros del hogar.⁹ La incorporación al trabajo a temprana edad tiene, sin

modificado sus patrones de consumo, acuden con mayor frecuencia que antes a los servicios de salud y de educación que ofrece el Estado —mismos que han sufrido mermas en calidad con respecto a décadas anteriores—, las prestaciones en especie forman ahora una parte más importante de los ingresos, y han recurrido también a fuentes de ingreso complementario a través de la incorporación del ama de casa en actividades remuneradas y de la “doble” incorporación de los jefes del hogar en distintos trabajos (Samaniego, 1990).

⁸ Empleo aquí el término “éxito relativo” para referirme al resultado que la intensificación del trabajo, por medio del aumento en el número de trabajadores por hogar, tuvo en los ingresos domésticos. Los estudios realizados en Guadalajara durante los peores años de la crisis económica mostraron que los ingresos totales de los hogares disminuyeron de manera menos drástica que los ingresos individuales de 1982-1985 (11% vs. 35%) (González de la Rocha, 1988 y 1991, en prensa). Otros estudios en otras ciudades mexicanas encontraron tendencias muy semejantes (Selby *et al.*, 1990 y Murphy, en prensa). Esta respuesta no ha estado libre de dificultades y contradicciones (desgaste físico, intensificación de las contradicciones domésticas, aumento del conflicto entre los géneros, abandono de los menores, etcétera: el “costo social de la crisis” enfatizado en trabajos anteriores (González de la Rocha, *et al.*, 1990 y González de la Rocha, en prensa).

⁹ Los “límites” de esta estrategia pueden observarse en el aumento de jóvenes

duda, consecuencias en los niveles de escolaridad y en el tipo de inserción laboral de esos individuos tanto en el momento inicial de su trayectoria laboral como en su vida de trabajo futura, además de los niveles de remuneración a mediano y largo plazos. Lo que en un momento es un mecanismo de sobrevivencia se traduce después en uno de los rasgos de la reproducción de la pobreza. Esta situación coadyuva a la dificultad que los hombres enfrentan para cumplir con su papel tradicional de proveedores. Las economías domésticas, crecientemente feminizadas, y el aumento de lo que se ha denominado “jefas económicas”, deja a los varones en una situación contradictoria entre lo que se espera de ellos y sus escasas posibilidades de comportarse así (Kaztman, 1992 y González de la Rocha, 1993).

En segundo lugar, los análisis de otras categorías sociales y ocupacionales muestran que los hogares de los sectores medios, especialmente los de trabajadores no manuales bajos (empleados, secretarías y oficinistas) han sufrido un deterioro notable en sus economías y son cada vez más parecidos a los hogares de los trabajadores manuales (González de la Rocha, en prensa; De Lara Rangel, 1990, y Samaniego, 1990). Los análisis realizados por la CEPAL dan cuenta del empobrecimiento de los sectores medios en toda la región latinoamericana debido al deterioro de sus remuneraciones, a los problemas de financiamiento del Estado en la oferta de servicios públicos y al debilitamiento de la capacidad tradicional de la educación para mantener o mejorar las posiciones económicas de los individuos y sus familias (CEPAL, LC/G, 1686, 1991).

Según los análisis de la evolución del consumo de alimentos, realizados por el Instituto Nacional del Consumidor, los ingresos domésticos de los hogares de empleados, oficinistas y secretarías disminuyeron 26.44% entre junio de 1985 y febrero de 1988, y su gasto alimentario decreció 27.8% en ese mismo lapso (De Lara Rangel, 1990:34). Este grupo sufrió el mayor deterioro en sus ingresos y en su consumo alimentario, puesto que los hogares de los trabajadores, aunque también sufrieron modificaciones, lograron amortiguar más exitosamente la caída al aumentar el número de trabajadores por hogar.¹⁰ Por lo visto, la mayor depen-

(especialmente varones entre 15 y 25 años) que no estudian ni trabajan en las ciudades latinoamericanas durante los ochenta (CEPAL, LC/G, 1686, 1991). Estos individuos, forzados por la necesidad de complementar los ingresos de sus hogares, salen de la escuela y enfrentan mercados de trabajo de difícil entrada para ellos (sobre todo los más jóvenes).

¹⁰ Los resultados del estudio realizado por Bernache (1994), con una original metodología —arqueología de la basura—, apuntan en la misma dirección. La información de Bernache indica claramente que los hogares de trabajadores de la ciudad de México disminuyeron su consumo en 31.5% de 1980 a 1987, mientras que los hogares de clase media tuvieron un descenso de 43% durante el mismo lapso. Si bien los niveles de consumo

dencia que los hogares no manuales tienen de factores externos y los elevados valores asignados a la escolaridad formal los hace vulnerables en periodos de recesión, y les resta capacidad de mediación y de “amortiguación”. La escolaridad de los miembros de estos sectores es altamente valorada, pues hasta hace poco funcionó como un mecanismo de ascenso laboral y social. El sacrificio de esta estrategia de movilidad social a mediano y largo plazos, aunado a la flexibilización y al uso de la mano de obra potencial, iría en contra de su propia lógica y funcionamiento. El descenso en los ingresos que los sectores medios han sufrido no puede contrarrestarse con una estrategia colectiva de trabajo (de corto plazo, “de pobres”). Según la información que proporciona el Instituto Nacional del Consumidor (Inco), la evolución del número de perceptores por hogar de los estratos de ingresos “medios” es cercana a cero. Es decir, los otros grupos (que corresponden a trabajadores manuales) aumentaron su número de trabajadores durante la segunda mitad de los años ochenta (entre 26 y 39%), cuando los grupos medios lo hicieron entre 0 y 4% (De Lara Rangel, 1990:43). Paradójicamente, su lucha por seguir siendo diferentes ha llevado a los hogares de los sectores medios a descender en la escala de los ingresos y, finalmente, a parecerse —en sus niveles de ingresos— cada vez más a los hogares de los trabajadores.

Las ciudades: ¿escenarios distintos?

Para la exploración de los fenómenos hasta aquí planteados se tomaron dos contextos urbanos: Monterrey y Guadalajara. Interesa indagar si los distintos contextos sociales y económicos dan lugar a diferentes estructuras sociales y ocupacionales y a distintos patrones de organización doméstica. Nos preguntamos si la homogeneidad económica entre los hogares de los sectores populares y medios, encontrada en Guadalajara a partir de pequeñas muestras de hogares, es un fenómeno más general, detectable en muestras más amplias y en contextos urbanos distintos.¹¹

por hogar y *per cápita* de ambas categorías eran muy distintos en 1980 (los hogares de clase media consumían casi el doble que los de trabajadores), en 1987 son muy parecidos. Ver también González de la Rocha (en prensa).

¹¹ Los resultados de este análisis no pueden ser, ni se pretende, aplicables a *toda* la realidad urbana mexicana. La información recopilada en el proyecto de investigación “Género, edad, familia y trabajo. Reestructuración de la sociedad urbana en México”, proveniente de 12 000 hogares de seis ciudades del país, arrojará material empírico que nos permitirá, de manera comparativa y sistemática, conocer las particularidades y los fenómenos comunes de tres grandes metrópolis y de tres ciudades medias. Dicha información, sin embargo, aún no está disponible.

A Guadalajara, la segunda ciudad en la jerarquía urbana mexicana, se le ha caracterizado como “la gran ciudad de la pequeña industria” (Arias, 1985) por la proliferación de pequeños talleres de producción industrial y por la importancia de la pequeña industria en términos de empleo y de producción. Dentro del conjunto de ciudades que incluye el proyecto más amplio de investigación,¹² fue la última en sufrir los efectos de la crisis de la década pasada porque se especializó en ramas industriales ligadas con el consumo básico (alimentos, ropa y calzado), con una producción, en buena parte, proveniente de pequeños talleres industriales. Sin embargo, Guadalajara es la ciudad en donde la recuperación no se ha presentado, por la competencia de las importaciones y por el desarrollo manufacturero y comercial del *hinterland* que antes dominaba. La industria tapatía enfrenta, en la actual apertura comercial, una crisis de mercado quizás más intensa y de consecuencias más drásticas que la financiera de los años ochenta. Los productos de los pequeños industriales locales tienen que competir con productos más baratos y más atractivos para el consumidor que vienen de China, Hong Kong, Brasil y otros lugares. Muchos pequeños talleres han cerrado¹³ y sus dueños empiezan a incursionar en otras ramas de la economía, como la de los servicios. Un estudio realizado al final de la década de los setenta en Guadalajara (Walton, 1976) la caracterizaba como una ciudad con fuerte presencia de sectores medios. La influencia que éstos ejercían en la distribución de los ingresos hacía que la desigualdad fuera menos marcada, comparada con Monterrey.

Monterrey es una ciudad de fuertes contrastes, en donde afloran las desigualdades sociales y poco se les esconde. Estos contrastes han llamado la atención de quienes han realizado investigaciones y análisis en esa ciudad. Desde el ya clásico estudio de Balán, Browning y Jelin (1973), y el análisis realizado por Walton (1976), Monterrey aparece con un patrón de marcada desigualdad social. Comparada con otras ciudades mexicanas, Monterrey ha sido caracterizada por una distribución del ingreso notablemente desigual y polar, en donde los extremos de la estructura social estaban, al final de los años setenta, muy bien representados (Walton, 1976:55). La muy escasa presencia de sectores medios es un fenómeno del que daban cuenta los análisis de Walton y otros en ese periodo (Puente Leyva, 1969, citado en Walton, 1976).

¹² Estas ciudades son: Monterrey, Guadalajara, Ciudad de México, Mérida, Veracruz y Córdoba-Orizaba.

¹³ Según información de la Cámara Nacional del Calzado, tan sólo en 1993, 25% de los establecimientos industriales productores de calzado cerraron sus puertas. En ese mismo año, según cifras de los medios de comunicación, cerraron 15% de las plantas industriales y descendió el empleo regular y formal 10% en la ciudad de Guadalajara.

Monterrey es única por su sesgo industrial,¹⁴ por la aparente cohesión y el poder de sus clases dirigentes (Walton, 1976) y porque es la única sede de importancia de la industria tradicional mexicana en donde ha ocurrido una sustancial reorientación manufacturera que busca competir con las nuevas importaciones y al mismo tiempo exportar en cantidades significativas (Pozas, 1993). Estos cambios están provocando, a su vez, procesos de transformación en los niveles y tipos de participación de los individuos en el trabajo. Las plantas productivas que han reestructurado su organización hacia el sistema de producción flexible han reducido su personal obrero.¹⁵ Pero la reducción de personal parece no ser el único cambio que los trabajadores de la urbe nortehña han experimentado con la reestructuración de los últimos años. Alta rotación de personal y mermas en los salarios parecen constituir elementos que caracterizan el mercado laboral regiomentano. Los salarios actuales constituyen tan sólo una tercera parte de los existentes en 1982. “[...] incluso las empresas con mejores salarios le están pagando al obrero multicalificado varios miles de pesos menos de los que estaría ganando el trabajador peor pagado en 1982” (Pozas, 1993:130), aunque, como veremos, sigue siendo mejor remunerado que en Guadalajara.

Si bien las tasas de crecimiento demográfico han decrecido, Monterrey y Guadalajara siguen siendo ciudades de fuerte atracción, aunque su más reciente papel como expulsoras de mano de obra, especialmente hacia Estados Unidos, debe también mencionarse. Es común encontrar familias que reciben remesas provenientes de alguno o algunos de sus miembros que trabajan en el país vecino, tanto entre los sectores populares como entre los sectores medios. El trabajo en Estados Unidos se ha convertido en una opción más para un número mayor de individuos de origen o residencia urbana.¹⁶

Aunque los estudios realizados en los setenta han enfatizado estructuras sociales distintas —Monterrey más desigual y polar que Guadalajara—, su semblante actual es semejante, al menos en cuanto a estructuras ocupacionales se refiere. En general, encontramos que Guadalajara

¹⁴ Monterrey es la sede industrial más importante del país. Las empresas de gran tamaño predominan. La producción industrial de esta ciudad está sesgada hacia la producción de bienes básicos, intermedios, de capital y de consumo duradero.

¹⁵ Pozas (1993) da cuenta de este fenómeno. En un caso descrito por la autora, el personal de una planta industrial regiomentana se redujo de 2 000 a 750. Se eliminaron ayudantes y sólo los trabajadores especializados conservaron sus empleos.

¹⁶ Estos hallazgos coinciden con los resultados de investigaciones realizadas en Estados Unidos (véase Cornelius, 1991 y Guarnizo, 1995), en donde se destaca la creciente presencia de migrantes, legales e ilegales, de origen urbano.

tiene una población ocupada absoluta más grande que Monterrey,¹⁷ pero la distribución relativa de la población ocupada en dichas categorías ocupacionales es notablemente parecida. Ambas ciudades cuentan con una amplia base de trabajadores manuales¹⁸ y un muy importante contingente de población que participa en ocupaciones de cuello blanco, o empleos no manuales.¹⁹ Aunque el número absoluto de profesionistas y funcionarios es más elevado en Guadalajara que en Monterrey, la presencia relativa de esta categoría ocupacional es más alta en la ciudad norteña.²⁰ Cabe destacar que las estructuras ocupacionales actuales de ambas ciudades no sólo son similares, sino que cuentan con un contingente de más de la mitad de la población ocupada en actividades no manuales. Sólo una pequeña fracción de esta población está compuesta por profesionistas y funcionarios, lo cual muestra que el empobrecimiento del que se habla en párrafos anteriores abarca casi 48% de la población ocupada de Guadalajara y Monterrey. En efecto, son los trabajadores no manuales de estratos bajos (oficinistas, maestros, etc.), quienes, como veremos, tienen ingresos casi tan bajos como los trabajadores manuales. Los “pobres urbanos” no son solamente los habitantes de las barriadas y los cinturones de miseria.²¹ Se trata de una categoría ampliada por una enorme cantidad de trabajadores y sus familias.

Aunque la mayor parte de la población ocupada está compuesta por hombres en ambas ciudades, la presencia de las mujeres no es deleznable y constituye 33.2% de la población ocupada de Monterrey y 35.4% de la de Guadalajara (ENEU, cuadros de Población Ocupada por grupos de ocupación según sexo, octubre-diciembre de 1992). Es posible distinguir las ocupaciones no manuales que cuentan con una participación reducida de mujeres de aquellas compuestas mayoritariamente por trabajadoras. Así,

¹⁷ Según la información de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (trimestre octubre-diciembre de 1992), Guadalajara contaba en ese año con 2 000 profesionistas y funcionarios más que Monterrey (95 400 vs. 93 200), poco más de 80 000 empleados más (578 200 vs. 496 600), y 97 000 trabajadores manuales más que su homóloga norteña (549 800 vs. 452 500).

¹⁸ Según la misma fuente, los trabajadores manuales constituían 44.9% de la población ocupada de Guadalajara y 43.4% de la de Monterrey.

¹⁹ Técnicos, maestros, artistas y trabajadores del espectáculo, oficinistas, comerciantes dependientes, empleados de servicios y personal de control. A este grupo lo hemos denominado como “no manual bajo”. Estos trabajadores conformaban 47.3% de la población ocupada de Guadalajara y 47.6% de la de Monterrey en el cuarto trimestre de 1992 (ENEU, octubre-diciembre de 1992).

²⁰ Según la misma fuente, los profesionistas y funcionarios eran sólo 7.8% de la población ocupada en Guadalajara y 8.9% en Monterrey.

²¹ Aunque las condiciones de éstos son claramente de mayor precariedad.

sólo un poco más de la cuarta parte de los profesionistas en ambas ciudades está ocupado por mujeres, mientras que éstas son casi 50% de los técnicos, entre 65 y 70% de los maestros y un poco más de la mitad de los oficinistas.²² Es claro que las ocupaciones con mayor presencia femenina son las que hemos denominado como no manuales bajas. Aunque la presencia de las mujeres en las ocupaciones manuales es también importante,²³ interesa enfatizar que el sector terciario y las ocupaciones de cuello blanco (haciendo a un lado a los profesionales y funcionarios) son sectores mayoritariamente femeninos en ambas ciudades. Se puede plantear, a nivel de hipótesis, que la creciente presencia de mujeres en los empleos no manuales bajos ha sido uno de los elementos del creciente empobrecimiento de los sectores medios bajos, compuestos por estas categorías ocupacionales. Los empleos con fuerte presencia femenina tienden a ser los de niveles más bajos de remuneración. La movilización de mujeres hacia estos estratos ocupacionales —que fue mayor durante la década de los ochenta que en ningún momento previo— sin duda coadyuvó a estancar o reducir los niveles salariales.

Aparecen diferencias importantes entre las dos ciudades cuando se analizan los niveles salariales.²⁴ En general, parece que los individuos de todas las categorías ocupacionales obtienen ingresos más bajos en la ciudad tapatía que sus homólogos regiomontanos. Aunque buena parte del grupo de mayores ingresos de Guadalajara está formada por profesionistas y funcionarios (30.45%), su presencia en este grupo es relativamente menor que en Monterrey, donde los profesionistas y funcionarios constituyen 36.2% del grupo de ingresos más altos. Esto habla de la mayor pobreza relativa de los profesionistas y funcionarios en Guadalajara, y de los niveles más altos que se encuentran en Monterrey.

Los salarios comparativamente inferiores del mercado de trabajo tapatío se aprecian también en el grupo de empleados y oficinistas, quienes ocupan una proporción mayor del grupo de ingresos más bajos (hasta dos salarios mínimos) que los empleados y oficinistas regiomontanos.²⁵

²² Según la información proporcionada por la ENEU del cuarto trimestre de 1992, las mujeres regiomontanas ocupaban 27% de los profesionistas; 18% de los funcionarios; 44% de los técnicos; 64% de los maestros, y 55% de los oficinistas. Las tapatías, por su parte, eran 29% de los profesionistas, 16% de los funcionarios; 48% de los técnicos; 71% de los maestros, y 56% de los oficinistas.

²³ Las mujeres son abrumadora mayoría en los servicios domésticos en ambas ciudades —90% en Monterrey y 87% en Guadalajara—, y también son importantes en la fabricación de productos textiles, cuero y piel, donde son 49% en Guadalajara y 60% en Monterrey.

²⁴ La información sobre la participación de las categorías ocupacionales en grupos de ingresos proviene de la ENEU, octubre-diciembre de 1992.

²⁵ En Guadalajara 46% vs. 43% en Monterrey.

Cuando se analiza la categoría ocupacional de los trabajadores manuales se encuentra que en Monterrey el grupo de menores ingresos está conformado en una proporción mayor por trabajadores manuales que en Guadalajara (mientras que 55% del grupo de los más pobres está compuesto por trabajadores manuales en la ciudad de Monterrey, los trabajadores manuales tapatíos representan una proporción inferior de los más pobres [52%]. Esto seguramente es reflejo del trabajo por cuenta propia, mismo que tiene una mayor presencia en la ciudad de Guadalajara. Los trabajadores por cuenta propia tienen ingresos más altos que los asalariados (Escobar, en prensa). La mayor presencia de trabajadores sin ingresos en Guadalajara se relaciona igualmente con la proliferación de pequeños talleres y negocios en donde el dueño es un trabajador manual (cuenta propia) y en donde hay una cantidad muy importante de trabajadores familiares sin remuneración. Sin duda, este contingente de trabajadores sin salario en Guadalajara se traduce en mayor pobreza entre los hogares de esta ciudad.

Todo esto sugiere que en Guadalajara hay una pobreza más generalizada (que abarca a todas las categorías ocupacionales).²⁶ Todos —excepto los trabajadores manuales— son más pobres en esta ciudad que en Monterrey. Podríamos concluir de manera preliminar, tomando los dos extremos de las categorías ocupacionales y de ingresos —no manuales altos y manuales— que la distribución del ingreso en Monterrey es más desigual que en Guadalajara, ya que los profesionistas y funcionarios tapatíos ganan menos que sus contrapartes en Monterrey, y hay más trabajadores manuales que en esta última ciudad se ubican en el grupo de menores ingresos. A pesar de esa polaridad, aparentemente más aguda en Monterrey, es necesario enfatizar que en esta ciudad hay un contingente más grande de individuos que desempeñan ocupaciones no manuales características de los sectores medios, y que, además, ganan más que el mismo tipo de trabajadores en Guadalajara. Por una parte, los sectores medios de Monterrey tienen ingresos más altos. Por la otra, estos sectores son más amplios en la ciudad nortehña, lo que nos permite plantear que en Monterrey, si la naturaleza de “apertura” de la estructura social es igual, debe haber más oportunidades de movilidad social y de ingresos que en Guadalajara. En estos momentos, entonces, Monterrey es más una ciudad de sectores medios que Guadalajara, al contrario de lo que algunos análisis indicaban hace dos décadas (Walton, 1976 y Puente Leyva, 1969). En este sentido, se puede plantear también que la sociedad tapatía es más

²⁶ Sería necesario, sin embargo, un análisis que tomara en cuenta los costos diferenciales de vida en ambas ciudades, ejercicio que no se realizó para el presente escrito.

“plana”, que podríamos caracterizar con la frase de Cortés y Rubalcava (1991) “igualdad por empobrecimiento”, en donde los sectores medios, tanto los de ingresos más altos (profesionistas y funcionarios) como los empleados de cuello blanco, están más empobrecidos.

Los hogares

La Encuesta Nacional de Empleo Urbano (junio-agosto de 1990) ofrece elementos para plantear que la estructura de los hogares de las diversas categorías ocupacionales es notablemente parecida en estas dos ciudades. Tanto en Guadalajara como en Monterrey los hogares de los trabajadores manuales son ligeramente más grandes que los de los trabajadores no manuales, pero tienen, también, un mayor número de trabajadores. En ambos casos (tamaño del hogar y número de trabajadores) y en ambas ciudades, los hogares de los trabajadores manuales presentan cifras superiores al promedio y los hogares de los no manuales se sitúan por debajo del promedio. Aunque mediante este análisis no podemos conocer la posición de los trabajadores en la estructura doméstica, si sabemos, por las entrevistas cualitativas, que los hogares de los trabajadores manuales disponen de la mano de obra de los hijos para ampliar sus ingresos domésticos. En cambio, para los miembros de los hogares de los no manuales éste constituye el último recurso.

La protección de la escolaridad de los hijos, y los bajos salarios que los no manuales perciben, han coadyuvado a los bajos niveles de ingresos que exhiben los hogares de los estratos bajos de los sectores medios. El cuadro 1 muestra que, en efecto, los hogares de los maestros, técnicos y oficinistas están en ambas ciudades más cerca —en lo que se refiere a ingresos totales y *per cápita*— de los hogares de los trabajadores manuales que de los de profesionistas y funcionarios (o no manuales altos). Es otro el caso de los hogares de los no manuales autoempleados, los cuales se acercan más a la categoría de más altos ingresos. Esto se debe a que, como hemos señalado, los trabajadores por cuenta propia —tanto manuales como no manuales— obtienen ingresos más altos que los asalariados.²⁷

²⁷ Los hallazgos de Escobar (en prensa) son claros al respecto para el caso de Guadalajara. Todo parece indicar que en Monterrey sucede lo mismo: los hogares de los trabajadores manuales autoempleados tienen ingresos totales y *per cápita* más altos que los hogares de los manuales calificados y no calificados. Por su parte, los hogares de los no manuales autoempleados también tienen ingresos totales más altos que los hogares de los no manuales asalariados y sus ingresos *per cápita* son sustancialmente más elevados.

Cuadro 1Ingresos totales y *per cápita* de los hogares de Guadalajara y Monterrey

	<i>Guadalajara</i>		<i>Monterrey</i>	
	<i>Totales</i>	<i>Per cápita</i>	<i>Totales</i>	<i>Per cápita</i>
Profesionistas	1 946	549	3 138	814
Maestros/técnicos	1 091	309	1 413	398
Oficinistas	1 215	299	1 512	378
No manuales/autoempleados	1 632	394	2 979	718
Manuales calificados	1 076	214	1 191	258
Manuales no calificados	918	201	951	202
Manuales autoempleados	1 180	254	1 289	293
Trabajadores agrícolas	794	126	1 242	202
Promedio	1 199	275	1 461	344

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo Urbano, INEGI, junio-agosto de 1990.

Otro aspecto notable es el de las diferencias en los ingresos entre ambas ciudades. Los hogares de Monterrey, en casi todas las categorías ocupacionales, perciben ingresos totales y *per cápita* sustancialmente más altos que los de Guadalajara. La única categoría que no se une a esta tendencia es la de los hogares de los trabajadores manuales no calificados, cuyos ingresos *per cápita* son tan bajos como los de sus contrapartes tapatíos.

En las dos ciudades poco más de 70% de los hogares tienen estructura nuclear (73.5% en Guadalajara y 74.4% en Monterrey). Sin embargo, a pesar de que los hogares nucleares son la mayoría en las dos ciudades, la proporción de hogares extensos no es despreciable. Incluso en la categoría de profesionistas y funcionarios el porcentaje de hogares extensos es de alrededor de 20% (24% en Guadalajara y 19% en Monterrey). La presencia de hogares extensos aumenta en las categorías de no manuales bajos (oficinistas, maestros y técnicos, con cerca de 27% en Guadalajara y alrededor de 30% en Monterrey) y se incrementa en las categorías de los trabajadores manuales (con 37% en Guadalajara y 31% en Monterrey en los hogares de los manuales no calificados). Los altos porcentajes de los hogares extensos corroboran las tendencias encontradas en estudios realizados en distintas ciudades mexicanas, los cuales han mostrado que los hogares extensos aumentaron durante los años de crisis

y recesión (Selby *et al.*, 1990; Murphy *et al.*, en prensa; Chant, 1991, y González de la Rocha, 1988).²⁸ Es probable que el número de hogares extensos se mantenga o incluso aumente durante la actual restructuración.

La información cualitativa recopilada en ambas ciudades sugiere que la organización social de los grupos domésticos de los trabajadores manuales (sectores populares, de bajos ingresos, clase trabajadora), tanto en Guadalajara como en Monterrey, opera bajo parámetros muy semejantes. Intensifican el uso de sus recursos, sacrifican la escolaridad de los miembros jóvenes y aplican una estrategia colectiva de corto e inmediato plazos para amortiguar los bajos salarios que devengan en los mercados laborales (si bien más altos en Monterrey, los obreros y otros trabajadores manuales en esa ciudad manifiestan la insuficiencia de sus salarios). La gran ciudad de la gran industria,²⁹ Monterrey, no ha sido, como se pensaba, tan capaz de proveer a sus trabajadores de salarios suficientes para su manutención y la de sus familias (*family wage*). Según Pozas (1993), los obreros industriales de Monterrey forman parte de hogares en donde se requieren de dos a tres salarios. Hay indicios de una importante heterogeneidad ocupacional al interior de los hogares de los trabajadores manuales de esta ciudad. Esta autora advierte que “los ingresos extra, especialmente los provenientes del sector informal, mitigan las deficiencias de las familias obreras” (Pozas, 1993:136). Los estudios realizados en Monterrey sugieren la interrelación de distintas fuentes de ingresos y de trabajo que los trabajadores y sus grupos domésticos incluyen para la satisfacción de sus necesidades básicas. El empleo en grandes empresas parece forzado a entrelazarse con otros tipos de trabajo —subcontratación o a domicilio, por cuenta propia y empleo “informal”—, mediante la heterogeneidad ocupacional encontrada en los hogares de ambas ciudades.³⁰ El trabajo de campo realizado en Monterrey en 1994 constató que la existencia de redes sociales de apoyo, las “tandas” y otras formas de intercambio social constituyen fuentes de autoaprovechamiento que complementa los grandes vacíos que en los presupuestos domésticos deja el trabajo asalariado (véase también Pozas, 1990 y Ribeiro Ferreira, 1990).

²⁸ De acuerdo con las cifras de la CEPAL, los hogares extensos, si bien no más numerosos que los nucleares, dan abrigo a un número más elevado de individuos en las ciudades latinoamericanas (por su mayor tamaño) (CEPAL, LC/R.1208, 1992).

²⁹ Tomo prestada la frase acuñada por Arias para referirse a la ciudad de Guadalajara (“La gran ciudad de la pequeña industria”).

³⁰ Para una discusión de las implicaciones teóricas de la constatación de la coexistencia de distintos tipos de empleos y ocupaciones al interior de los hogares de los sectores populares véanse Portes y Walton, 1981; Portes y Johns, 1987, y González de la Rocha, 1994b.

La participación en las tandas, al igual que en otro tipo de asociaciones formales e informales de ayuda y cooperación mutua, forma parte de los arreglos sociales que, como pobres, tienen a su alcance para mitigar su pobreza. Durante las entrevistas realizadas en el trabajo de campo fue evidente la existencia de estrategias colectivas de trabajo al interior de los hogares como uno de los mecanismos más importantes para contrarrestar los bajos salarios de los trabajadores.

Por otro lado, los hogares de los sectores medios han echado mano de otro tipo de estrategias para salvaguardar su condición de clase media. El uso más generalizado de servicios ofrecidos por el Estado y, por lo tanto, el retraimiento del mercado privado de servicios (salud, educación) es un fenómeno que merece nuestra atención y estudios más detallados que lo que ahora podemos ofrecer. Los jefes de los hogares de los sectores medios, tanto hombres como mujeres, complementan sus ingresos (o suplen los ingresos perdidos cuando son despedidos) con ingresos que provienen de ocupaciones que bien podrían considerarse propias de otros sectores,³¹ pero no sacrifican la escolaridad de los hijos.

Reflexiones finales

Se puede concluir que las metrópolis mexicanas han pasado por un proceso de reestructuración social y les caracteriza una mayor pobreza en dos sentidos. Hay más pobreza entre los pobres y más pobres entre las poblaciones urbanas. Las estructuras ocupacionales y sociales de Monterrey y Guadalajara, aparentemente disímbolas en el pasado, son más parecidas en la actualidad. Las estructuras urbanas, en este caso de Monterrey y

³¹ En un caso estudiado en la ciudad de Monterrey, el padre de familia, despedido recientemente de su empleo como funcionario bancario de nivel medio con 25 años de antigüedad total en esa institución, optó por aprovechar un traspaso de un “eco-taxi”, en el que trabaja como chofer. Su esposa elabora pasteles, pays y empanadas que vende en la colonia y en el círculo de conocidos, amigos y parientes. Los niños acuden a escuelas públicas y venden empanadas afuera de los minisupers de la colonia donde viven, por las tardes, aprovechando la afluencia de señoras que entre cinco y siete de la noche acuden a esos establecimientos a comprar leche y otros productos. Si bien, los niños participan en este arreglo familiar, no han dejado la escuela y, a decir de sus padres, no la dejarán. Los padres están orgullosos de los altos niveles académicos de las escuelas donde los niños estudian y de los logros, tanto en la escuela como en las actividades deportivas, de los pequeños. A mediano plazo, el padre desea que sus hijos estudien en el Tecnológico de Monterrey becados por sus buenas calificaciones. Mientras conduce su “eco-taxi” por la ciudad buscando y llevando clientes, reflexiona en las medidas de ajuste que están llevando a los bancos a reducir su personal, planea en qué invertir su liquidación y construye sueños —y seguramente estrategias— para un mejor futuro.

Guadalajara, son crecientemente desiguales, dada la mayor similitud en ingresos que tienen los trabajadores no manuales “bajos” con los manuales, y la creciente brecha entre éstos y los más ricos. A pesar de que la presencia de los sectores medios es muy importante en ambas ciudades, ya que abarcan a más de la mitad de la población ocupada, se trata de un pueblo empobrecido (más en Guadalajara que en Monterrey) que, sin embargo, no se decide aún a ser y a portarse como pobre. La pregunta que en el futuro tendremos que resolver es si para los hogares de los trabajadores no manuales, los profesionales y los ejecutivos de una y otra ciudades sigue teniendo sentido mantener la peculiar lógica de funcionamiento, de asignación de recursos, trabajo y tiempo de los hogares de clase media. Las recompensas a este tipo de funcionamiento parecen haber decrecido rápidamente, no sólo en niveles de ingreso sino también en términos de la rápida disminución de oportunidades de empleos de clase media bien remunerados (como dicen los ejecutivos de Monterrey, “ya les llegó el TLC, y la cosa está dura”). Este escrito propone, a manera de hipótesis, que *seguirá siendo* racional para estas familias mantener la lógica de funcionamiento de clase media (la protección de la escolaridad como uno de sus mecanismos de reproducción social), en tanto que *a)* las recompensas a la alta escolaridad tienden a incrementarse con la edad, al revés de lo que sucede con los ingresos de trabajadores manuales y *b)* la maximización de la capacidad de producción de ingresos vía escolaridad y la inserción en las estructuras burocráticas de las grandes empresas producen recompensas a largo plazo que permiten mantener una diferencia de *nivel de vida* entre una y otra clases sociales. Los bajos ingresos de los trabajadores no manuales y profesionales en Guadalajara, sin embargo, probablemente indican que la racionalidad de esta organización de prioridades de la familia de clase media sea menos relevante en Guadalajara que en Monterrey.

Recibido en junio de 1994
Revisado en febrero de 1995

Correspondencia: CIESAS OCCIDENTE/España núm. 1359/Col. Moderna/C.P. 44190/
Guadalajara, Jal./Fax 913 684 11 51.

Bibliografía

- Arias, Patricia (comp.) (1985), *La gran ciudad de la pequeña industria*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Balán, Jorge, Harley Browning y Elizabeth Jelin (1973), *Men in a Developing Society*, Austin, University of Texas Press.
- Benería, Lourdes (1992), "The Mexican Debt Crisis: Restructuring the Economy and the Household" en Lourdes Benería y Shelley Feldman (eds.), *Unequal Burden, Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- ____ y Shelley Feldman (eds.) (1992), *Unequal Burden, Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Bernache, Gerardo (1994), "A Diachronic Study of Household for Acquisition and Consumption Strategies in Central Urban Mexico: An Anthropological Approach", tesis de doctorado, The University of Arizona.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) LC/L. 716, *El perfil de la pobreza en América Latina a comienzos de los años 90*.
- ____ LC/G. 1686, (1991), *La equidad en el panorama social de América Latina durante los años ochenta*.
- ____ LC/R. 1208 (1992), *Hacia un perfil de la familia actual en Latinoamérica y el Caribe*.
- ____ Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (CEPAL/INEGI) (1993), *Informe sobre la magnitud y evolución de la pobreza en México, 1984-1992*.
- Cornelius, Wayne (1991), "Los migrantes de la crisis: The Changing Profile of Mexican Migration to The United States" en Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí (eds.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's*, La Jolla, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California at San Diego.
- Cortés, Fernando y Rosa María Rubalcava (1991), *Autoexplotación forzada o equidad por empobrecimiento*, México, El Colegio de México, Jornadas, 120.
- Chant, Sylvia (1991), *Women and Survival in Mexican Cities: Perspectives on Gender, Labour Markets and Low Income Households*, Manchester, Manchester University Press.
- Escobar, Agustín (en prensa), "Men's and Women's Patterns of Occupational Mobility during Mexico's boom and crisis" en Harley Browning y Henry Selby (eds.), *The Sociodemographic Effects of the Crisis in Mexico*.
- ____ y Bryan Roberts (1991), "Urban Stratification, the Middle Classes and Economic Change in Mexico" en Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar (comps.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's*, La Jolla, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1982), *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, El Colegio de México/UNAM.
- González de la Rocha, Mercedes (1986), *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/CIESAS/SPP.

- _____ (1988), "Economic Crisis, Domestic Reorganization and Women's Work in Guadalajara, Mexico", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 7, núm. 2, pp. 207-223.
- _____ (1991), "Family Well-Being, Food Consumption and Survival Strategies During Mexico's Economic Crisis" en Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar (comps.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's*, La Jolla, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD.
- _____ (1994a), "Familia urbana y pobreza en América Latina", en *Familia y futuro. Un programa regional en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), publicación de las Naciones Unidas.
- _____ (1994b), *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Series Urban and Social Studies, Oxford, Basil Blackwell.
- _____ (en prensa), "Differences in Patterns of Domestic Organization: The Middle and Popular Sectors in Urban Mexico" en Harley Browning y Henry Selby (eds.), *The Sociodemographic Effects of the Crisis in Mexico*.
- Guarnizo, Luis (1995), "Ethnicity, Class and Gender y the Mexican Economy in Los Angeles", ponencia presentada en el *Research Seminar on Mexico and U.S.-Mexican Relations*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, enero.
- Katzman, Rubén y José Luis Reyna (1979), *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*, México, El Colegio de México.
- _____ (1992), "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?", *Revista de la CEPAL*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, núm. 46, pp. 87-95.
- Lara Rangel, Salvador de (1990), "El impacto económico de la crisis sobre la clase media" en Soledad Loaeza y Claudio Stern (coords.), *Las clases medias en la coyuntura actual*, México, Cuadernos del CES, El Colegio de México.
- Loaeza, Soledad y Claudio Stern (coords.) (1990), *Las clases medias en la coyuntura actual*, México, Cuadernos del CES, El Colegio de México.
- Muñoz, Humberto (1975), "Occupational and Earnings Inequalities in Mexico City: A Sectoral Analysis of the Labour Force", tesis de doctorado, Universidad de Texas en Austin.
- _____, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (comps.) (1977), *Migración y desigualdad en la ciudad de México*, México, El Colegio de México/UNAM.
- Murphy, Arthur, Mary Winter, Earl Morris y Martha Rees (en prensa), "Crisis and Change in a Regional City: The Case of Oaxaca, Mexico" en Harley Browning y Henry Selby (eds.), *Sociodemographic Effects of the Crisis in Mexico*.
- Oliveira, Orlandina de y Brígida García (1990), "Cambios en los determinantes del trabajo femenino en México", México, El Colegio de México, mimeografiado.
- Ortega, Eugenio y Ernesto Tironi (1988), *Pobreza en Chile*, Santiago de Chile, Centro de Estudios del Desarrollo.

- Pastore, José, Helio Zylberstajn y Carmen Silvia Pagotto (1983), *Mudança social e pobreza no Brasil: 1970-1980. (O que ocorreu com a família brasileira?)*, São Paulo, Fundação Instituto de Pesquisas Econômicas/Livraria Pionera Editora.
- Pozas, María de los Ángeles (1990), "Los marginados y la ciudad" en Víctor Zúñiga y Manuel Ribeiro (comps.), *La marginación urbana en Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- _____ (1993), "Reestructuración industrial en México: reorganización de los consorcios, innovación tecnológica y cambios en las relaciones laborales en Monterrey", mimeografiado.
- _____ (1994), *Industrial Restructuring in Mexico: Corporate Adaptation, Technological Innovation, and Changing Patterns of Industrial Relations in Monterrey*, La Jolla, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD.
- Ribeiro Ferreira, Manuel (1990), "La mujer y la familia en sectores marginados" en Víctor Zúñiga y Manuel Ribeiro (comps.), *La marginación urbana en Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Samaniego, Norma (1990), "Algunas reflexiones sobre el impacto económico de la crisis en las clases medias" en Soledad Loaeza y Claudio Stern (coords.), *Las clases medias en la coyuntura actual*, México, Cuadernos del CES, El Colegio de México.
- Schkolnik, Mariana y Berta Teitelboim (1988), *Pobreza y desempleo en poblaciones. La otra cara del modelo neoliberal*, Santiago, Programa Economía del Trabajo, colección Temas Sociales, 2.
- Selby, Henry, Arthur Murphy, Earl Morris y Mary Winter (1990), "La familia urbana mexicana frente a la crisis" en Guillermo de la Peña, J. M. Durán, A. Escobar y J. García de Alba (eds.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/CIESAS.
- Walton, John (1976), *Elites and Economic Development*, Austin, ILAS/University of Texas Press.
- Zúñiga, Víctor y Manuel Ribeiro (comps.) (1990), *La marginación urbana en Monterrey*, Monterrey, Universidad de Nuevo León.

